

José Antonio Merino

EL LABERINTO
INVISIBLE

Cómo salir de lo cerrado a lo abierto



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

—ANAQUEL DE PENSAMIENTO, n°13—

MADRID • MMXVIII

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © JOSÉ ANTONIO MERINO ABAD

De la edición © Cuadernos del Laberinto
www.cuadernosdelaberinto.com

Dirección de la colección: ALICIA ARÉS

Diseño de la colección: Absurda Fábula
www.absurdafabula.com
Ilustración de cubierta © Zhitkov Boris

Primera edición: Octubre 2018
I.S.B.N: 978-84-949275-0-8
Depósito legal: M-32213-2018

Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

P R E Á M B U L O

El mundo sigue su ruta sin mirar atrás. La vida es un proyecto inacabado. Las filosofías son un permanente conato por comprender los misterios. Las ciencias son una carrera sin pausa para poder aclarar los enigmas del universo. Las artes crean nuevas formas para expresar la belleza contenida en ropajes asombrosos. Las religiones son permanentes apuestas por palpar y expresar el sentido de la vida. Las culturas no cesan de urgir al pensamiento para encontrar nuevos caminos de comprensión y de expresión. El hombre es una especie de titán con afán y apetito de novedades. Es un eterno buscador siempre en camino. Es más, él mismo es camino pues su destino consiste en afrontar y en penetrar lo que le rodea, le envuelve y le asombra. El misterio le fascina, pero la rutina le arruina.

Ese dinamismo impulsor y dinámico pone al ser humano siempre en búsqueda y en camino. Y es caminando como avanza en lo desconocido y anhelado. Partiendo de este convencimiento, estas páginas tratan de recorrer diversos caminos y de aprender en el encuentro con otras personas, que también están en camino. Es bello y enriquecedor el poder hacer un recorrido por diversos lugares que ofrecen nuevos encuentros, nuevas reflexiones, nuevas preocupaciones y nuevas preguntas.

Filiberto narra su movida experiencia personal en un diario escrito que estaba en su mente el quemarlo porque al releerlo

se sentía como paralizado. En el diario analiza sus pensamientos, sentimientos, aciertos y fracasos como realidades contradictorias. Lo que fue, lo que es y lo que quiso ser. Se sentía como atrapado en un laberinto del que no encontraba la deseada salida.

Admiro al gran filósofo H. Bergson, aunque no puedo compartir su afirmación, un tanto cargada de pesimismo: «El camino de nuestra vida está bordeado por las ruinas de lo que pudimos haber sido y no fuimos». Me apoyo más en la esperanza, que es la que abre nuevos caminos que exigen nuevos tentativos. Si queremos que se cumplan nuestros sueños no podemos quedarnos dormidos. Por eso, Filiberto trató de renovar su historia personal a través de nuevas actividades y de comprender mejor el sentido de su vida en los más variados encuentros que el mismo caminar le ofrecía. Cada personaje que encontró en sus viajes le enseñó que la persona, hombre y mujer, está envuelta en luces y sombras que necesita aclarar, por instinto y por razón, su existencia y su convivencia.

I. ¿POR QUÉ ESTO Y NO LO OTRO?

*¡Señor, ten piedad de los locos y de las locas!
¡Oh Creador! ¿Pueden existir monstruos
a los ojos de Aquel que sabe por qué existen,
cómo están hechos, y cómo hubiesen podido no ser creados...?
(Charles Baudelaire)*

En el último fin de semana de un mayo florido y soleado, después de haber concluido las clases del curso académico, Filiberto Albano necesitaba expansionarse y se dio un paseo por su ciudad para luego entrar en el Teatro Grecorromano, en donde los romanos celebraban cacerías, espectáculos de gladiadores y, probablemente, naumaquias. Se subió a lo alto de las gradas del teatro y desde allí contemplaba los sorprendentes y caprichosos altibajos de los alrededores pensando en lo que todo aquello fue y en lo que ahora es. El antiguo y elegante entramado urbano se apiña como protegiendo el Teatro Grecorromano, inteligente y bellamente integrado en uno de los paisajes más bellos de toda Sicilia.

Taormina estaba llena de turistas que merodeaban por sus calles, plazas, jardines y bares. Difícil transitar por sus calles con el ir y venir, cruzarse y entrecruzarse de tantos visitantes que admiraban y curioseaban esa encantadora y misteriosa ciudad. También la curiosidad puede ser origen del saber, al menos vale para relajarse en tiempos de desasosiego. De hecho, la filosofía, las artes y las ciencias han brotado de la admiración

y de la curiosidad. Admirar y llenarse de estupor es una bella forma de existir y formidable excitación para crear.

Cómo no admirar la antigua Tauromenion de Apolo, la actual Taormina, que se alza sobre el último espolón de la cresta que desde el monte Tauro parece que se desploma vertical sobre el mar Jónico. Los turistas renuevan la mirada sobre lo que suele ser habitual a los residentes de un lugar. A veces, de tanto estar en un lugar, dejamos de estar atentos. La rutina anestesia la capacidad de admirar y de sorprenderse. Nuestra conciencia habituada y acostumbrada necesita ser transformada y estimulada por quien trae nueva mirada. La admiración crea nueva visión. Ver o perecer.

El turista visita monumentos, paisajes y museos, pero también sirve de estímulo para los habitantes locales a que reflexionen sobre el arte que tienen, que con frecuencia desatienden y que fácilmente olvidan. Tanto el arte como lo más sublime de la vida están sometidos al deterioro, pues el tiempo es un animal devorador de personas y de cosas, de acontecimientos y de monumentos. El tiempo no deja de ser cruel aunque nos traiga nuevas sorpresas en su primera visita.

Pasearse actualmente por los grandes monumentos de la antigüedad es ser testigos de esas egregias ruinas que antes fueron esplendor y orgullo de imperios ya fenecidos. ¡Qué sentimientos de caducidad producen en el visitante aquellos monumentos, símbolos de los Imperios, como el Coliseo de Roma, el Partenón de Atenas, las ruinas de Palmira, los Palacios de Petra, las Pirámides de Egipto, etc.! ¡Qué sentimientos

de nostalgia y de inmensa pena transmiten al contemplar sus ilustres ruinas! Todo aquello que parecía egregio e inmortal se pulveriza bajo la capa de lo efímero, del desgaste y del deterioro.

* * *

Filiberto llega a su casa, tira sobre una mesa la cartera en donde lleva los libros y apuntes de clase, escucha música clásica y se pone a contemplar el bello paisaje desde la altura en donde está ubicada su residencia. Apoyado sobre la barandilla del balcón de su terraza, contempla el espectacular paisaje que tiene a la vista. Ante sus ojos se extiende el mar terso, sereno y azul como si fuera un trozo de cielo aterrizado en una isla. El extasiarse rebasa la pregunta y, por ello, no se le puede dar una respuesta. El sentimiento de admiración no cabe en la palabra y solo puede expresarse en el gesto y en una actitud de estupor, de sorpresa e incluso de abandono. En un silencio prolongado y excitante.

Atento su oído a la armonía de la música y lanzada su mirada cansada hacia el sereno paisaje, que gozaba desde su balcón, le venían al pensamiento las preguntas que le habían hecho sus alumnos en la última lección. Siempre lo último nos hace recordar los inicios y el recorrido del viaje que emprendimos hace tiempo. Le encantaba y admiraba la fuerza creadora, pero su recuerdo solo sirve si es capaz de originar algo nuevamente. Los orígenes que no originan son simple relato y se convierten en arqueología o en momia.

La disciplina que explicaba como profesor de *Antropología cultural* es un gran estímulo a la confrontación de ideas, de sistemas, de presupuestos culturales y de problemas nunca aclarados o al menos aplazados. Si los hechos varían y se deforman según las interpretaciones, la cultura es el mejor areópago para la discusión de hechos, de dichos y de interpretaciones.

El concepto de cultura es multiforme, de gran ambigüedad y, por ello, sobre él se dan las más variadas y contradictorias interpretaciones. Es sabido que los héroes de la historia dependen del cronista que la narra. No se puede narrar la historia sin prejuicios de simpatía o de antipatía. Por eso, toda historia está narrada y presentada con pasión de exaltación o con ánimo de desprecio. Con admiración o con displicencia. Lo objetivo solo se encuentra en las manecillas del reloj que señala el tiempo físico, pero no el vivido. Cicerón decía que *la historia es la maestra de la vida*. ¿Pero qué tipo de maestra? ¿De la verdad o de la mentira? Esa es la cuestión. Claro, que toda verdad es vecina de la gran mentira. Se dan verdades que mienten y mentiras que aclaran verdades. La contradicción es el estímulo del progreso como el error estímulo necesario para la ciencia.

Las preguntas de los jóvenes parecen nuevas y suelen estar arrugadas de vejez cuando tratan de cuestiones humanas. Desde aquel antiguo dicho provocador «conócete a ti mismo», lanzado al aire o esculpido en un muro, que era ya una respuesta a algún inconformista o despistado, hasta ¿qué será de mi futuro?, brotan incontables preguntas que difícilmente tienen respuesta convincente. Cada generación se interroga y cuestiona

la historia interpretada y transmitida. Si a las preguntas de los niños difícilmente responden los padres, las preguntas de los jóvenes suelen poner en embarazo al profesor.

Filiberto estaba cansado de sus lecciones convencionales y reiterativas como asimismo de la falta de interés de tanto estudiante que va a clase para cumplir y poder titularse porque así lo exige la sociedad y se lo piden sus padres. ¿Cómo circular por la vida y ser algo en la sociedad sin título académico, aunque se trate de un título a bajo costo? Se ha inventado eso de las carreras breves para satisfacer y complacer a los perezosos o dar brillo a los que no podían brillar de otro modo. También el saber está sometido a la trivialización y a la globalización del pensamiento débil o empobrecido. El saber es necesario, pero la finalidad y la aplicación del mismo tienen un precio de convencimiento y dedicación que exigen la fortaleza y tenacidad del pensamiento fuerte y del tiempo no restringido.

Nuestro profesor se sentía agotado, bastante desilusionado y con deseos, por no decir necesidad, de un descanso al menos para ordenar tantas ideas que últimamente le rondaban por su cabeza y no le dejaban tranquilo. ¿Me habré equivocado en los pasos y decisiones importantes que he dado en mi vida?, ¿la universidad es mi puesto verdadero o un subterfugio?, se preguntaba. Después de muchos años de enseñanza y de trabajo de investigación se requiere una reflexión sosegada de los propios pensamientos, nueva clarificación de ideas y afrontar con valentía las dudas que por varias razones no hemos querido afrontar. Todos llevamos en el fondo de nuestro pensamiento

un agujero oscuro o negro que pide ser iluminado y al que con frecuencia se tiene miedo de afrontar y de clarificar. Quien no urge el pensamiento serio, no saldrá de lo trivial y será un ser mimético.

En la vida cotidiana nos parece que todo es claro y transparente como el cristal; y resulta que nos envuelven gran oscuridad y opacidad. Hasta lo más inmediato se nos nubla y se escapa a nuestra comprensión. Nosotros mismos no nos entendemos ni sabemos siempre lo que queremos y nos alejamos de lo que deseamos. Preguntan los estudiantes; pero también el profesor está asaltado por dudas que no sabe a quién proponerlas porque nadie se las puede responder, ni los ángeles ni los animales ni las plantas. Tal vez lo podrá hacer algún demonio avispado revestido de inquietud. Frecuentemente las grandes y decisivas preguntas como asimismo las más punzantes cuestiones las dejamos para después o para nunca. «Vive y deja de pensar», nos suele susurrar el instinto de conservación y de acomodación. No te cuestiones y no te problematices, es decir, no te compliques la vida.

* * *

El sonido del teléfono le aparta de sus pensamientos entre serenos y agitados, entre estimulantes y molestos. Le telefonea su mujer, Mary Hidalgo, que le comunica que ya está confirmada la cena programada con sus amigos que habían venido de Siracusa. Esta ciudad, muy protegida y amurallada en sus

tiempos de esplendor, fue la más espléndida y orgullosa ciudad griega de Sicilia. Alcanzó tanto poder que logró ser victoriosa en la guerra contra Atenas. Solo el gran poder de Roma pudo subyugarla después de haber derrotado a Cartago. Ciudad rica de mitología, arte y cultura. En la actualidad, de la antigua ciudad sagrada de Artemisa y Apolo Karneios, solo sobrevive el grandioso complejo del Parque Arqueológico de Neapoli, en donde se encuentra el anfiteatro imperial romano junto a otros testimonios artísticos de gran esplendor.

Se había fijado el encuentro amistoso al caer el día, en la plaza mayor de Taormina. La puesta del sol del atardecer de aquel día era luminosa. Los rayos solares traspasaban las finas nubes revestidas de un color dorado reflejándose sobre las aguas tranquilas del mar Jónico. Las terrazas estaban llenas de turistas animados en sus conversaciones y disfrutando de la rica cocina italiana y de los vinos sicilianos.

Mary, con su exquisito gusto estético, había reservado un privilegiado puesto en la plaza mayor con vista al mar y a las montañas. Se come no solo con la boca, sino también con la mirada. También los ojos tienen su gula. La mesa completa se compone no solo de buenos platos y excelentes vinos, sino principalmente de buena compañía y de buen ambiente. Esas condiciones se reunían en ese atardecer de aquel mayo florido que contribuyó a un diálogo largo y animado.

Los cuatro amigos estaban sonrientes y joviales contándose sus experiencias y lo ocurrido desde el último encuentro que tuvieron hacía varios meses en Siracusa. Hecho

el brindis inicial, intercambiaban esas normales impresiones sobre la salud, la familia, el trabajo y los proyectos. Alzando las copas al aire y entrelazándolas con los brazos, dijeron: ¡Brindemos por nosotros!

Normalmente las mujeres suelen abrir y cerrar los encuentros entre amigos. Las mujeres tienen el don de la intuición y de la caza del detalle. Según esa ley no escrita, pero sí muy usual, Mary preguntó a Sandra cómo iba su negocio. Sandra estaba al frente de un importante taller de bisutería en donde trabajaban varios empleados bastante cualificados en el arte de la imitación de ornamentación ligera y a bajo precio, pues es sabido que muchos pocos hacen un mucho.

Mary, profesora de macroeconomía e interesada, por supuesto, en la microeconomía, pregunta:

—Oye, Sandra, ¿cómo está actualmente la bisutería en el mercado? ¿Interesa ese material porque es económico o sencillamente por aparentar lo costoso que no se puede comprar? ¿Tiene interés en ella también la gente pudiente?

—Mirad —responde Sandra— la bisutería, tal y como yo la observo, se está extendiendo y casi imponiendo, salvo en las clases altas, claro está. Una de las razones es la económica, evidentemente, pero pienso que hay un gran afán de mimetismo en la sociedad. Cómo imitar a los personajes del cine, de la televisión y de las revistas sin notables gastos. El aparentar se ha impuesto como estilo de vida. Se desea ser original y se concluye siendo copia cuando no fotocopia.

—Es posible lo que dices, Sandra —interviene Filiberto—.

Pero si observamos el comportamiento y las formas de presentarse de esos personajes del espectáculo, que indicas, podemos constatar que son ellos mismos, sorprendentemente, los que imitan al vulgo y con gran vulgaridad. Basta ver bastantes programas de televisión o escuchar a locutores de radio y percatarse de que para llegar a la masa se han masificado en el vestir y en el lenguaje hasta rayar en la vulgaridad más repelente. Y, después, la gente les imita a ellos en sus formas convencionales como si eso fuera ser modernos y actuales. Entiendo que estamos asistiendo a la globalización de la vulgaridad, del esperpento e incluso de lo obsceno, que algunos lo elevan a la categoría de arte.

—Estoy de acuerdo contigo esponde Sandra—. Sucede con frecuencia que en nuestro negocio, chicos y chicas pudientes escogen los artilugios y baratijas más extraños y de mínimo interés artístico sencillamente por imitar. Hay personajes totalmente extravagantes que se creen geniales con sus despropósitos en el vestir y en el hablar.

Francesco, que había estado callado, les dice:

—Para probar vuestras opiniones basta que demos un vistazo a nuestro alrededor y observemos cómo va la gente vestida y cómo son sus comportamientos y sus gestos.

Los cuatro comenzaron a mirar y observar a tantas personas sentadas en la plaza como asimismo a los turistas que paseaban. Realmente es una lección ver y observar lo que acontece ante nuestros ojos un día cualquiera. Se reían, ironizaban y comentaban tanta variedad de estilos y de formas de estar

y de actuar. Es interesante notar que la multitud de turistas que se veían alrededor, y de naciones distintas, coincidían en el común denominador de las mismas o parecidas formas de vestir, andar, gesticular y hablar.

—¿No estaremos ante una nueva cultura globalizada en donde la diferenciación haya sido absorbida en la uniformidad o uni-deformación? — interrumpió Filiberto—. Yo mismo observo en la universidad cómo los estudiantes se expresan en formas miméticas y de tipo estándar, aunque estudien en facultades totalmente distintas. Es sorprendente la gran contradicción entre la defensa de la propia libertad e identidad y el hecho generalizado del mimetismo contagioso y despersonalizado.

—Entiendo —dice Mary— que en el fondo de la cuestión convergen muchas causas en la gestación y gestión del pensar y actuar de nuestros conciudadanos. Pero no cabe duda de que una de las causas determinantes es la economía. Un hecho, aparentemente anecdótico, es significativo. Hace unos años una compañía aérea lanzó el viajar «low cost», a bajo coste. Muchos creían que ese hecho no sobreviviría o no lograría salir de la marginalidad. El «low cost» propuesto no solo no ha fracasado, sino que ha sido imitado por otras líneas aéreas que actualmente se extienden por todos los aeropuertos y amenazan la supervivencia de las llamadas compañías nacionales y de bandera, obligadas a rebajar sus tarifas si desean sobrevivir. Evidentemente que eso ha cambiado de mentalidad a la gente. Si antes el principio era que «el cliente siempre tiene razón», ahora se ha llegado a la conclusión: «el cliente

que se aguante». Con ello se ha pasado del poder viajar bien a cuánto puedo ahorrar. Y ese principio se está aplicando a todas las formas y comportamientos de la vida cotidiana. Incluso puede hablarse de una felicidad «low cost», que no exija renuncia ni sacrificio. La crisis económica ha rebajado las legítimas pretensiones de calidad incluidos los comportamientos más humanos.

—Efectivamente —interviene Francesco—. Vivimos el clima, la práctica o la cultura del «low cost», que se extiende casi a todos los campos de la sociedad, no solo al sector del transporte, sino también a las demás realidades sociales. El bajo precio se ha convertido en una demanda masificada retando a mercados, tiendas de moda, telefonías, restaurantes, bares, almacenes y peluquerías. Incluso al mundo de la cultura, a los Máster, a las ideologías, a los partidos políticos, hasta la religión y la moral pues se habla de una ética de mínimos, una ética a la carta de bajo coste. De hecho, estamos asistiendo a una liquidación general de principios y de valores. La razón es sencilla, pues del comportamiento vivido se pasa al pensamiento y al sentimiento y, con ello, a un estilo peculiar de vivir y de interpretar la vida. La práctica del «low cost», que tanto daño ha causado al comercio y a la industria, está incidiendo en la clase media deslizándose y sumergiéndose insensiblemente en la emergente clase de masas perdiendo el papel de referencia que se tenía. Es decir, estamos entrando en la sociedad del bienestar «low cost», en un nuevo paradigma social que está haciendo pensar muy en serio a los sociólogos y, yo diría, que también a los moralistas.

* * *

Mientras estaban muy animados en ese diálogo sobre el ver, observar y valorar de los comensales, suenan las campanas de un convento de monjas como llamada a la oración de la noche. Entonces se oyó una voz cercana a los amigos que decía: «¿Por qué suenan las campanas?». Se miraron unos a otros y reían.

Las campanas repican a la oración, a los actos religiosos, a fiesta o a difuntos. Las campanas tienen la capacidad de transmitir mensajes que invitan a pensar e incluso a moverse y a desplazarse a tanta gente. El sonido de las campanas tiene un poder misterioso que hace pensar. Filiberto, atento al lenguaje de los símbolos, dice a los amigos:

—A veces los acontecimientos más normales y corrientes nos hacen pensar si nos detenemos en lo que significan. Puedo decir que las campanas tocan también para y por nosotros. Para las monjas es una llamada a la oración, pero para los que estamos en la plaza pueden sonar a muerto.

Ante esa salida improvisada y sorprendente se reían los otros tres y le dijeron:

—¡Qué tétrico te pones en una tarde tan bella! ¡Te pareces a un viejo existencialista!

—Podéis reír de mi ocurrencia tal vez inoportuna —respondió Filiberto— y quizás os puede producir cierto amargor en esta agradable cena, pero quiero explicarme pues esta cuestión me afecta seriamente y llevo años reflexionando sobre lo que se podría llamar la cultura de la muerte que se viene

anunciado desde hace mucho tiempo. A finales del siglo XIX, Nietzsche proclamó la muerte de Dios al comienzo de su obra *Así habló Zaratustra*, aunque en otra obra suya anterior, *La gaya ciencia*, presenta a un loco, quien, con una linterna encendida en pleno día, gritaba sin cesar en la plaza pública: «¡Busco a Dios! ¡Busco a Dios!». Y ante la risa burlona e irresponsable de los oyentes, el loco se encaró con ellos y les gritó: «Le hemos matado; vosotros y yo, todos nosotros somos sus asesinos». No se trata ya de la muerte o no existencia de Dios, sino de su eliminación por parte de los mortales. Ese anuncio se ha contagiado y extendido por la llamada cultura occidental. Con la proclamación de la muerte o del asesinato de Dios se han ido anunciado otras muertes derivadas. En la década de los sesenta del siglo pasado el estructuralismo proclamó la muerte del hombre. Poco más tarde se hablaba de la muerte de la Tierra ante el grave problema ambiental. En 1989 Francis Fukuyama publicaba *¿El fin de la historia?* Evidentemente que la historia continúa, pero siguen otras muertes anunciadas. En 1996, apareció el libro de John Horgan, *El fin de la ciencia*, que era el anticipo del canto del réquiem para el arte pues Donald Kuspit publicaba *El fin del arte* en 2004. En ecología se habla también del terricidio o muerte de la Tierra. Se tiene la impresión de que vivimos una cultura necrófila o del pesimismo. Tal vez estemos asistiendo a la desaparición de la cultura tal y como la conocemos e interpretamos desde la racionalidad. Puede ser que estemos minimizando a los genios y grandes creadores de la ciencia y del arte transformando la